

El pensador, cuando bien le parece, puede desplegarse en orador.

*

La elocuencia que conviene á las asambleas debe componerse de términos medios. Una elocuencia compuesta de extremos puede conmover á una muchedumbre ó á un individuo, lo que en muchos casos es idéntico. Ese género de elocuencia podrá ejercer influencia sobre una asamblea, como novedad extraña y de alto gusto, ó momentáneamente propia para una circunstancia determinada; pero la segunda vez cansará, la tercera vez parecerá ridícula.

Para dominar habitualmente á una grande asamblea, es preciso cierto cálculo mezclado con la inspiración; es preciso tomar, cada vez que se habla, la resultante de una de las fracciones de la asamblea y constituir la palabra sobre esa resultante, y así se apoya uno, no en su sola fuerza aislada, sino en todas las fuerzas de aquella fracción; ó, mejor aún, si bien más difícil, tomar la resultante de toda la asamblea, hablar en el término medio del pensamiento de cada uno, y entonces se tiene como palanca toda la fuerza de la misma asamblea. Se agita algo en cada espíritu, y hay momentos en que se toca al fondo de todos.

Ese fondo se puede tocar también á veces, pero no siempre que se quiere, con el solo poder del sentimiento individual y de la conciencia convencida; pero entonces no se es orador, sino hombre; cosa menos frecuente en verdad.

Es error creer que se puede dominar á una asamblea con las ideas de fuera. Únicamente se agita á una asamblea con lo que hay dentro de ella. Sin embargo, algunas veces es hermoso probar.

La Revolución es el cambio de edad del género humano. Decid de ella cuanto queráis, bien ó mal, el hecho os domina. Es la gran crisis de la virilidad universal.

*

La Revolución es el cuchillo con el cual la civilización ha cortado sus ataduras.

*

En la Revolución todo el mundo es víctima y nadie es culpable.

*

Robespierre fué el espantoso corrector de pruebas de la Revolución. Trazó su *dele*. Ese inmenso ejemplar del progreso, revisado por él, conserva aún el brillo de su siniestra pupila.

*

Voltaire es la mina, Mirabeau es la explosión.

*

Las revoluciones, formidables liquidaciones de la historia; creaciones genésicas de leyes, de códigos, de hechos, de costumbres, de progresos, de prodigios; enormes movimientos de pueblos y de ideas que mezclan á todos los hombres en la misma alegre convulsión, que separan, que disgregan la libertad eléctrica, que hacen temblar á ambos mundos con el mismo temblor, que sacan de un solo relámpago dos rayos y

dos truenos, uno en Europa, otro en América; que al destruir la monarquía en Francia, destruyen la tiranía en el universo; que alumbran, que iluminan, que calientan, que queman, que anonadan, que hacen brotar de un único y gigantesco derrumbamiento la radiosa exaltación del género humano, que hacen nacer la aurora del sepulcro, casan, unen y juntan los extremos asombrados, agonizan y susurran, maldicen y cantan, odian y adoran, lo resuelven todo en heroísmo, en alegría y en amor, envían á expirar todos los rechinamientos de la vieja cerradura del despotismo al humilde gabinete de estudio de Mount-Vernón, y concluyen por hacer con la llave de la Bastilla el pisapapeles de Wáshington.

*

Convenido: la Revolución se llama *el Terror*.
Luis XV se llama *el Horror*.

*

Ni una nube, el cielo está puro, el sol irradia, todo el paisaje es luz; empavesan sus barcas, cantan y se dejan ir alegremente al hilo del agua; el río, magnífico é inagotable, se ensancha cada vez más; es grande como el mar, tiene la calma de un lago, arrastra islas de flores, refleja el cielo que no ofrece ni una sombra. ¿Adónde van? Lo ignoran; pero todo es bello, soberbio, encantador.

Oyen á lo lejos, en las profundidades del desconocido horizonte, un ruido sordo y profundo.

¿Adónde van? ¡Qué importa! Van adonde va el río. Saben que llegarán á un punto cualquiera. Se embriagan con el canto de los pájaros, con el perfume de las flores que ven en todas partes y que cogen al

pasar, con la rapidez del agua, con el esplendor del cielo, con su propia alegría.

El ruido aquel del horizonte se aproxima; hace algunas horas, las ráfagas del viento lo cubrían á veces; ahora se le oye sin cesar.

Hay momentos en que la corriente es menos impetuosa, entonces reman para ir más de prisa. ¡Es tan agradable andar aprisa! Pasar como sombras delante de sombras, en eso parece consistir para ellos toda la vida. Son tan felices, que se olvidan de que hay una noche.

El ruido se acerca por momentos; se parece al que produce el rodar de un carro, y comienzan á preguntarse unos á otros: ¿Qué ruido es ese?

El río tiene muchos recodos. Un rincón del cielo se llena de brumas. Algo que podría tomarse por humo se desprende de un punto del horizonte y forma una gran nube. Esa nube, que parece subir de la tierra, unas veces está á la derecha y otras á la izquierda. ¿Es ella quien cambia de sitio, ó es el río quien se ha vuelto? No lo saben, pero admiran. Es un espectáculo más, entre tantos otros espectáculos.

El ruido se parece ahora al de un trueno, y cambia de sitio con la nube que ven. Donde está la nube, allí está el ruido.

Navegan, cantan, ríen; se produce una gran espera, pero en esa espera no hay otra cosa más que esperanza. Hay entre ellos sabios, soñadores, pensadores, hombres ricos de toda clase de riquezas, filósofos y hombres prudentes.

De repente ¡cielo santo! el río da vuelta; la nube está delante de ellos. Es formidable; ya no es una nube, es un torbellino con veinte trombas entremezcladas y retorcidas por el huracán, es el humo de un volcán cuyo cráter tuviese dos leguas. El ruido es espantoso; el trueno se parece á ese ruido, como el

ladrido de un perro se parece al mugido de un león; La corriente es rápida y furiosa, la superficie del río se encorva como un arco hacia el interior de la tierra. ¿Qué hay, pues, allí, ante ellos, á pocos pasos? Un abismo.

¡Un abismo! Reman hacia atrás, quieren remontar el río. Es tarde. Aquella corriente no se remonta. Entonces comprenden que el río está vivo; que se han engañado; que lo que tomaban por un río, era un pueblo; que lo que tomaban por olas, eran hombres; que creyeron bogar por una agua inerte, que casi no producía espuma al choque del remo, y bogaban entre almas, almas profundas, oscuras, violentas, humilladas, tumultuosas, llenas de odio y de cólera. ¡Es tarde! ¡Es demasiado tarde! El precipicio está allí. Esas olas, ese río, esos hombres, esas almas, ese pueblo, árboles desarraigados, granitos seculares, rocas arrancadas de la orilla, buques dorados, botes engalanados, islas de flores, todo se apresura, todo se inclina, todo tropieza y se mezcla, todo se hunde.

Nadie vió jamás, nadie verá nunca algo más grande y más terrible. ¡Toda una humanidad que se hunde á la vez, el mismo día, á la misma hora, en el mismo abismo! ¡Toda una sociedad con sus leyes, sus costumbres, su religión, sus creencias, sus preocupaciones, sus artes, sus lujos, su pasado, su historia, que encuentran una hendedura en el suelo y se hunden como una barca de pescador! Esas son cosas que Dios permite y quiere. Aquel prodigioso conjunto de hombres, de hechos y de acontecimientos, esa cantidad enorme procedente de tan lejos y con tanta calma, llega á orillas del abismo, se inclina majestuosamente y desaparece en él. Ya no es ni un río, ni un abismo, ni un pueblo, ni una catástrofe; es el caos. Es la sombra, el horror, el ruido, la espuma, un

eterno y lamentable gemido. Todos los perros dogos del abismo aullando en las tinieblas. Sin embargo, el sol brilla, la verdad no se descorazona é irradia siempre, y aquella espantosa nube, llena de clamores y de tempestades, es buena para hacer resplandecer su arco iris.

¿Sobrevive algo á todo eso? Semejante calamidad, tal desmoronamiento de cosas, tan monstruoso naufragio, ¿no es la muerte de un pueblo? ¿No es el fin de un continente?

No.

Todo se ha hundido, nada se ha perdido.

Todo ha naufragado, nada ha perecido.

Todo se ha abismado, nada ha muerto.

Todo ha desaparecido, todo reaparece.

Andad algunos pasos, vivid algunos años, mirad: He aquí el río más ancho, he aquí el pueblo más grande.

El ruido formidable que avisa, que previene y que aconseja, sigue oyéndose, pero no está delante, sino detrás. Hace cien años se le oía en el porvenir, hoy se le oye en el pasado.

Y las generaciones que marchan vuelven algunas veces á desandar lo andado para ver lo que es ese ruido; y los siglos se inclinan soñadores sobre esa caída, sobre esa cascada de una sociedad y de una monarquía, sobre esa inmensa catarata de la civilización llamada Revolución francesa.